

## Rafael Gutiérrez Girardot: un colombiano de primera línea (1928-2005)

Juan Guillermo Gómez García / Universidad Nacional, Sede Medellín

### Resumen

Este artículo trata nuevos aspectos en la investigación sobre la obra crítica y la personalidad de Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005). Se hace un examen sistemático de sus ensayos y artículos de tema colombiano, particularmente de tema socio-histórico y literario. Gracias al archivo personal, adquirido recientemente por la Universidad Nacional se puede llegar a conclusiones más amplias de su imagen de Colombia. El núcleo de su crítica radica en su imagen negativa de las elites, que han conducido al país en forma irresponsable, con estrechos criterios provincianos y como clases poderosas han hecho un irreparable daño al país.

**Palabras clave:** Gutiérrez Girardot, elites o falsa aristocracia, sociedad, universidad y literatura colombiana.

### Abstract

This article presents new perspectives on the critical work and personality of Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005). It systematically examines his essays and articles on Colombia, its social history and literature. Thanks to Rafael Gutiérrez Girardot's personal archives, recently acquired by The National University, it is now possible to gain a deeper understanding of his critical view of Colombia. From his perspective, Colombia's elites have led the country irresponsibly and, hampered by their own provincialism and thirst for power, have caused the country irreparable harm.

**Key words:** Gutiérrez Girardot, Colombian elites, university, Colombian society and literature.

El primer artículo de Rafael Gutiérrez Girardot se tituló "José Ortega y Gasset", y fue publicado por "Sábado" el 16 de octubre de 1948. El último de su vida, es difícil determinar, pero puede haber sido una acerba reseña contra un libro sobre Walter Benjamin de Beatriz Sarlo. Entre uno y la otra, se desplegó una obra infatigable, en realidad medio conocida, que comprende más de trescientos ensayos, artículos y prólogos publicados, cerca de treinta libros sobre temas de literatura, filosofía y sociología alemana, latinoamericana, española y colombiana, y una ingente labor de editor y traductor en la colección "Estudios alemanes" para las editoriales Sur de Buenos Aires y Alfa de Barcelona, en las que se publicaron por primera vez al español títulos de autores de la llamada Escuela de Frankfurt como Walter Benjamin, Theodor Adorno, Herbert Marcuse, Max Horkheimer, y muchos otros de primera línea en historia, filosofía y crítica literaria, como Johann Gustav Droysen, Hugo Friedrich, Elisabeth Fehrenbach, etc. Esta colección, conforme su co-editor Ernesto Garzón Valdés, llegó a los 120 títulos. También debe agregarse su labor de editor de su colección de trabajos científicos sobre la hispanística alemana, en la que se incluyen las tesis de doctorado dirigidas por él.

Aparte de esta obra editada, Rafael Gutiérrez Girardot legó recientemente un archivo, que posee la Hemeroteca de la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá, en vía de catalogación, y que contiene un número indeterminado de ensayos inéditos, no menos de 100, y sobre todo las "Vorlesungen" o Lecciones Magistrales que durante 20 años impartió en alemán como profesor titular de Hispanística de la Universidad de Bonn. El interés de estas es fundamental y sus contenidos de importancia indiscutible referidos a la literatura barroca española o a la lírica española del siglo XX, a Rubén Darío o la novela contemporánea en América Latina, completamente inexploradas y no traducidas al español. Estas páginas son alrededor de 2.500, y mientras no sean conocidas por el público, se puede asegurar que la obra crítica de Rafael Gutiérrez Girardot está, como afirmamos arriba, a medio conocer y su legado crítico a mitad del camino para sus lectores.

Se suma a este legado inédito, la vasta y muy significativa correspondencia de Gutiérrez Girardot con intelectuales colombianos, latinoamericanos, españoles y alemanes, durante más de medio siglo<sup>1</sup>. Entre las cartas a sus compatriotas se destacan algunas piezas epistolares con Gilberto Alzate Avendaño, Eduardo Caballero Calderón y Germán Arciniegas, pero sobre todo las sostenidas con Fernando Arbeláez, Fernando Charry Lara y Rafael Humberto Moreno Durán. Luego viene la correspondencia con Alfonso Reyes, de un valor muy especial por trazarse en ella el culto intelectual al maestro mexicano y la elaboración del primer ensayo, pero igualmente con personalidades de primer rango continental como Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, José Luis Romero, Jorge Basadre, H. A. Murena y Eduardo Mallea. Con la intelectualidad peninsular son de mencionar las cartas con Francisco Ayala, Julián Marías, los hermanos Goytisolo y muy particular, con su amigo y colega, Gonzalo Sobejano. De no menos importancia es la correspondencia con intelectuales alemanes, como con el gran romanista Hugo Friedrich (no menos de 70 piezas epistolares, en treinta años) y con el director de la prestigiosa revista *Merkur* Hans Paeschke. La correspondencia, con todo, entre Gutiérrez Girardot y Nils Hedberg, director del Instituto Latinoamericano de Gotemburgo (1956-1965), se puede considerar parte de su obra crítica y revela aspectos interesantes de su vida como diplomático. Sobra agregar que esta correspondencia es inédita.

Y, si se quiere, se suma a este legado editado e inédito, una serie de documentos y de trabajos intelectuales que debe complementar la fisonomía crítica de Rafael Gutiérrez Girardot. Nos referimos a los "Informes Diplomáticos", que como Agregado Cultural y como Consejero de la Embajada de Colombia en Colonia-Bonn, elaboró para el Ministerio de Relaciones Internacionales, entre 1957 y 1964. Estos Informes se encuentran entre las carpetas disponibles y clasificadas en el Archivo General de la Nación, en Bogotá y componen un material muy sugestivo para interpretar o

mejor poder tener mayores elementos interpretativos de su tarea como diplomático y de las resonancias que estas tareas tuvieron en la configuración de su carácter intelectual y su temple crítico. Estos documentos de la vida pública, por la alta calidad intelectual que los acompaña, y por la peculiaridad distintiva como fuentes pragmáticas del acontecer de la burocracia estatal, son piezas de un valor sustancial y, dicho sea de paso, hasta ahora no ponderadas –desconocidas, además– de la obra de Gutiérrez Girardot. Se agrega, pues, al legado crítico, estas piezas diplomáticas, como es de agregarse, forzosamente, las conferencias radiales para la emisora H.J.C.K. y de otras emisoras culturales, las entrevistas que concedió, particularmente, a partir de los años ochenta y, en fin, los diversos y dispersos perfiles críticos y notas biográficas que se han escrito sobre él. Este conjunto de material biográfico y de su obra crítica conforma, en realidad, una enorme, sin hipérbole, una monumental masa que cabe llamar patrimonio cultural de la nación. Esta obra, apenas explorada, prefigura a Gutiérrez Girardot como un pilar de la cultura intelectual de la Colombia de la segunda mitad del siglo XX, en uno de los más perseverantes y penetrantes estudiosos colombianos, en uno de sus críticos más penetrantes y en una de las figuras más controvertidas –e incluso rechazadas– de la inteligencia colombiana.

Toda esta masa crítica es, pues, como ya hemos advertido, parcial e incluso superficialmente conocida y juzgada. Se ha calificado, de una parte, en efecto, a Gutiérrez Girardot como el “el intelectual colombiano de mayor reconocimiento internacional”<sup>3</sup> de la segunda mitad del siglo XX, pero a la vez se le ha tachado como iracundo, pendenciero, injusto, agresivo, y se ha descalificado de un plumazo su tarea y su personalidad como obra de elucubraciones “alemanas”, como la obra de un apátrida, “Doctor” o “Profesor alemán”, alejado de Colombia, de sus problemas, de sus gentes, de su realidad nativa. Su largo auto-exilio, prácticamente sellado al irse a España en 1952, con tan solo 23 años, el hecho de no retornar a su patria, sino por breves lapsos de semanas, ha contribuido a formar esta imagen de un extraño anti-colombiano, o como una especie de ex-colombiano que gruñía de Colombia desde su prestante atalaya profesoral en Bonn. Se ha insistido en ello, sobre todo por la circunstancia de que su obra se publicó, en gran medida fuera del país, y porque sus reconocimientos se hicieron particularmente en el exterior. Basta recordar que fue profesor o, mejor dicho, ejerció la docencia universitaria fuera de Colombia, durante más de un cuarto de siglo en Alemania o los Estados Unidos, en Dortmund, Bonn o Nueva York, que fue distinguido con prestigiosos premios internacionales, como el Alfonso Reyes, en México, y que en realidad encontró en España, en el mundo académico de la hispanística española, un lugar de privilegio, es decir, donde se le exaltó como el “decano de los estudios hispanoamericanos”.<sup>4</sup>

Esta circunstancia de trabajar, de escribir y de encontrar su reconocimiento fuera de las fronteras nacionales, es parte, con todo, de las sombras o el sombrío trato de que fue víctima en Colombia. Si bien Gutiérrez Girardot contó con un número apreciable de viejos amigos y colegas desde los años de la revista *Mito*, el alejamiento paulatino de Colombia fue más bien el efecto de su carácter crítico, de la forma en que enfrentaba los problemas nacionales y el rechazo que tuvo de medios, como el periódico *El Tiempo*, que ocultó o desvirtuó, a su modo, su labor y su importancia. En Colombia se hizo eco de las voces que se resistieron a su magisterio, sin que se dejara de subrayar

su carácter fuerte, su temperamento franco y su personalidad, a veces, no fácil. Pero sí se deben poner presente estos aspectos de su personalidad –que se conoce como una persona “difícil” y hasta “atrabiliaria”– no debe menos de suponerse las envidias y los resquemores que levantaron su obra, sus permanentes juicios severos y sinceros, producto de sus exigentes y auto-impuestos referentes intelectuales. A Gutiérrez Girardot se le quiso pues descalificar por haber pretendido ser “el Heidegger” hispanoamericano o el nuevo “Alfonso Reyes”, sin llegar a ser ni lo uno ni lo otro; se le juzgó por sus acerbas críticas contra Ortega y Gasset, Octavio Paz, como parte de su resentimiento, y se pensó que su distancia frente a García Márquez o en general los autores del llamado boom, que estuvieron, por su parte, tan cerca del crítico uruguayo Ángel Rama, se debió a similares defectos o aspectos negativos de su personalidad rabiosa. Se llegó a decir, incluso, a su muerte, que en lugar de haber “construido una obra intelectual” fabricó “una red de enemigos”.

## II

Todo ello no hace sino poner de presente que los criterios, o mejor dicho, que la labor de sentar nuevas medidas para juzgar a Colombia, su literatura, sus peculiaridades intelectuales y su desarrollo científico, y sobre todo, su nueva y renovadora manera de ver la sociedad colombiana, iban en contravía a la complacencia dominante y el nuevo alcance intelectual de la indagación sobre la vida nacional. La pregunta sobre el aporte o las contribuciones de Rafael Gutiérrez Girardot a los estudios colombianos, debería, en caso dado, resaltar el horizonte conceptual, el complejo universo histórico universal y filosófico-literario universal, desde la Revolución francesa, la filosofía hegeliana y la revolución romántica alemana<sup>5</sup>, que subyace a su comprensión del proceso de expansión de la burguesía y el capitalismo y sus consecuencias para América Latina y Colombia. Este horizonte y sus consecuencias como el nihilismo de Nietzsche, en materia filosófica, y las vanguardias poéticas de Baudelaire, Verlaine y Mallarmé, determinan las categorías conceptuales sobre las cuales construye su comprensión, de los fenómenos más peculiares, específicos y sus variedades y divergencias. Es pues ese fundamento histórico-europeo y las forma de “europeización” del Nuevo Continente, en el cual resaltan sus representantes más conspicuos como Bello, Sarmiento, González Prada, Martí, Rubén Darío, Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña,<sup>6</sup> figuras que le demandaron estudios puntuales y renovadores, los necesarios presupuestos para asimilar y, consiguientemente, concederle su puesto correspondiente en la marcha del espíritu y las ciencias literarias y sociales en Colombia. En breves términos, el examen de los aportes de Rafael Gutiérrez Girardot a la realidad colombiana invita a reinterpretar ese complejo horizonte en los que él tiene de estimulante y en lo que él exige para evaluarlo en sus múltiples implicaciones y en su círculo hermenéutico. Es decir, en el comprender el fragmento o aspecto en un conjunto implícito de una obra abierta que lo contiene y que lo ilumina a su vez. Esbozar esta imagen de Colombia de Gutiérrez Girardot es el objetivo de las siguientes páginas.

La imagen de Colombia del ensayista, crítico literario y crítico de la cultura Gutiérrez Girardot, se fundamenta en la comprensión de una característica básica, común a los otros países de herencia colonial española en América, a saber, en la comprensión del

catolicismo contrarreformista y la cultura barroca calderoniana, sus persistentes consecuencias y su choque abierto contra toda tendencia o corriente de pensamiento moderno que se le oponga o que simplemente se exponga como alternativa o divergencia. El modelo cultural del dogma religioso surgido en contra de la Reforma protestante o luterana e impuesto por el conquistador español y sus descendientes como norma eterna e inmutable, subyace a los conflictos determinantes de la vida nacional y se expresa en cada momento, sobre todo a partir de la independencia de España, como una fuerza de resistencia, de conservación de los privilegios sociales de las clases o estamentos tradicionales y como norma, por tanto estética inmutable, para preservar este mundo caduco o que ya carece de dinámica propia. Esta norma cultural se impone como dogma y se dirime en el marco social y político como negación de lo nuevo, por ser nuevo, es decir, peligroso a la tradición, y, consecuentemente, como factor de violencia latente o manifiesta. Dogmatismo religioso y violencia política y social son formas fijas o estructuras de “larga duración” mutuamente determinantes. La “larga duración”, como categoría histórica adoptada de Ferdinand Braudel, implica la existencia de “cuadros de resistencia” que encarnan las élites o las llamadas “aristocracias” nacionales.

La negación de lo otro por parte conductor de sus ensayos sobre Colombia, sean ellos de materia literaria, social o de la norma católica hispánico-calderoniana, como algo extraño, como heterodoxia disolvente, es el fundamento sustancial, vale decir, el primado de una construcción social que se resiente hasta el día de hoy de sus orígenes y que sirve de punto de partida de la comprensión de las características de la vida hispanoamericana y de la colombiana, en forma particular. Este sustrato pertinaz, explícito o semi-oculto o disimulado en la vida socio-cultural de las clases dominantes, o como se precisa caracterizar ambiguamente, en su “aristocracia” por sus pretensiones, pero sin los títulos de nobleza y sobre todo sin la cultura exigente que ello implicaría, es para Gutiérrez Girardot punto de partida, piedra de toque de su realidad más profunda, y destino de sus reflexiones sobre la nación colombiana, sus valores contradictorios, su fascinación ambivalente, sus esperanzas aún indescifrables y sus acres decepciones. La concepción de la “aristocracia” colombiana o su crítica a esta forma de oligarquía fue, en Gutiérrez Girardot, un principio de análisis histórico-social, pero fue a la vez experiencia propia. La noción de “aristocracia”, es decir, de una falsa élite que presume y se arroga el derecho “divino” inmutable de gobernar, con todos sus vicios y la única virtud de saber persistir en esta pretensión anómala contra la realidad universal, se convierte en el hilo conductor de sus ensayos sobre Colombia, sean ellos de materia literaria, social o socio-cultural.<sup>7</sup>

Corresponde a esta “aristocracia” un valor anti-burgués, vale decir, la caracteriza su aparatoso provincialismo. Este provincialismo implica la convicción de que esa “aristocracia” es el ombligo del mundo y que por tanto a su “raza” privilegiada le cabe la suerte providencial de seguir al mando de un país empecinadamente subdesarrollado y sumido en sus olas espasmódicas de violencia. Dogmatismo y violencia son términos concomitantes para Gutiérrez Girardot, así como ellos estructuran y co-determinan los diversos atrasos sociales, económicos y científicos que son comunes a los países hispanoamericanos y que, para el caso colombiano, resultan objeto de una condena que es a la vez social y ética. Social porque hay un análisis de la

clase dirigente que debe portar e introducir los valores modernos de la burguesía y el capitalismo, la competencia y la transparencia en sus procedimientos, y con ellos las exigencias del desarrollo científico y tecnológico que la impulsa y le da vida propia. Y ética porque, ante el mezquino regateo de este ideal de modernidad, se oculta una pretensión de privilegio, vale decir, de mantenerse en un sitial usurpado a las otras fuerzas potenciales de la nación. Sustancial a este solipsismo de privilegiados es negar el talento ajeno y desestimular todo intento, individual o colectivo de formación superior y de capacidad manifiesta. Soslayar los presupuestos del desarrollo nacional y con ellos del desarrollo científico implicaría esfuerzos colectivos demasiado arduos y con cuya adquisición se correría el riesgo de perder sus privilegios. Así que por su propia conveniencia se inhibe y se sofoca uno de los fundamentos de la vida moderna, y con ello se desdibuja la institución por excelencia desde la revolución francesa, vale decir, la universidad como portadora y dinamizadora de los exigentes ideales de la ciencia contemporánea. De esta forma, el subdesarrollo no se examina como un fatal puesto en los destinos de la historia moderna, impuesto por las metrópolis, sino en realidad como un proceso interior, de “voluntad de dependencia”, que es a la vez afirmación de los “cuadros de resistencia” hacia lo nuevo. El dogmatismo católico, este tipo de mentalidad anti-moderna y propiciadora del status quo, forma ese estado de “larga duración” y, como en un círculo vicioso, como dogmatismo es violento y como violento auto-destructivo.

La obra crítica de Gutiérrez Girardot es una comprobación de esa superación, o para decirlo de modo más claro, de este cuadro sombrío de la vida nacional. La irresponsabilidad de las llamadas “aristocracias”, según Gutiérrez Girardot, tiene otra manifestación, a saber, la construcción del Estado, o mejor, la carencia de un servicio estatal moderno, de una burocracia competente por formación y servicio. La crítica implica el modelo de competencia por antonomasia, la burocracia surgida en Prusia de la época de las reformas y que caracterizó, un siglo después Max Weber, como uno de los fundamentos de la modernidad política alemana. A diferencia de esta racionalización de la burocracia estatal, y empecinada en su raíz cultural hispánica, el caciquismo o clientelismo partidista, es la forma en que se manifiesta la vida pública y la concepción del estado como botín de los partidarios políticos. Esta concepción o práctica deformada del servicio estatal determina y así deteriora en su base la democracia en Colombia, determina o invita no solo a la corrupción, a la ineficacia y al atraso, sino que determina la violencia partidista y la percepción del otro como enemigo a muerte.

La posibilidad de planificación, como principio concomitante de una burocracia racionalizadora, es nula o es apenas nominal en nuestro país bajo estas condiciones, y por ende parte sustancial del atraso nacional y de su violencia. Mientras la burocracia moderna se comprende como una palanca modernizadora, vale decir, un motor dinámico y eficaz para superar los rastros o vestigios de la sociedad estamentaria o de privilegios feudales o semif feudales, en Colombia esta burocracia reproduce los anacronismos de sus elites y ellas se sirven de los puestos de privilegio para perpetuarse y ahondar más bien la estructura de cuño hispánico tradicional. La llamada “clase política” es, para Gutiérrez Girardot, en la forma como ella se compone en Colombia, expresión clara del sustrato hispánico –que tiene modelo de denuncia en obras novelísticas de Pérez Galdós como

*Miau-* del autoritarismo caudillista y la concepción de liderazgo partidista templada en el modelo anacrónico del caciquismo o gamonalismo o clientelismo criollo.

El ejemplo más representativo y característico de estos múltiples anacronismos, cada uno de los cuales descansa en la inmovilidad de los otros, es la estructura y funcionamiento de la universidad colombiana. Gutiérrez Girardot consagró al menos seis trabajos para este tema y de la existencia y el papel de las universidades privadas derivó múltiples consecuencias, o mejor, estableció una estrecha relación entre el atraso del país con la existencia de la universidad privada. Esta institución contradecía los presupuestos mínimos para el desarrollo de la ciencia. Sin ciencia, como es patente en el mundo occidental y en los estudios –como de Eddig– que muestra la relación desarrollo-educación en las sociedades altamente industrializadas –europeas y en Estados Unidos- y sin los presupuestos para que la ciencia tengan un efectivo desarrollo en la universidad colombiana, se derivan o se implican los resultados a la vista. En este sentido, Gutiérrez Girardot saca las consecuencias, expresadas en forma acerba y con una franca indignación, del negocio de la universidad privada y del abuso de la llamada libertad de industria o de la iniciativa privada que va en detrimento de la calidad universitaria, en contra del estudiante y de la sociedad en su conjunto. La comprobación de la baja calidad de los estudios universitarios colombianos se pone de presente cuando éste ingresa a la universidad alemana y puede sufrir los reveses –que el mismo Gutiérrez Girardot trae a cuanto para ilustrar su tesis.

Si la herencia hispánica puede rastrearse en estas consecuencias negativas, de hábitos heredados que condicionan un tipo de desarrollo, la “voluntad de dependencia” se acentúa por la incondicional aceptación del dominio de los Estados Unidos y la concomitante imitación de los modos de vida americanos. La combinación de estas formas “tipológicas” de dependencia –la hispánica tradicional y la norteamericana– o, mejor, las formas en que las élites o “aristocracias” fuerzan y determinan sus niveles de inserción al mundo occidental, parece igualmente característico para el conjunto de países hispanoamericanos, abanderando Colombia, al menos desde Eduardo Santos, una de sus notas más distintivas de nuestro pro-americanismo acentuado. Este pro-americanismo se acuñó en la época de la lucha contra el comunismo estalinista y tuvo su afirmación, desafortunada, con Alberto Lleras Camargo con la adhesión a la “Alianza para el progreso” en los años sesenta. Este tipo de aislamiento o de dependencia dogmática a patrones culturales y valores ocasionales de búsqueda de protección para salvar situaciones de conflicto interno, sin comprender o escondiendo las razones y consecuencias de los mismos, ha llevado a Colombia a seguir un rumbo errático en materia internacional, sin ponderar y conocer a fondo el marco geopolítico en que se podría mover, en el conjunto latinoamericano, y frente a Estados Unidos y Europa con autonomía y dignidad.

En dos épocas históricas, en la época de la larga dominación católico-dogmática de Miguel Antonio Caro y el “retro-progreso” que implicó el gobierno de Eduarda Santos, ha visto Gutiérrez Girardot la corroboración empírica de esta estructura implícita de dominación. La estructura del atraso o los “cuadros de dependencia” actuaron en forma particularmente eficaz en estos dos momentos decisivos de la vida nacional. La primera

etapa llevó a un aislamiento continental y, consecuentemente, a la Guerra de los Mil Días y la pérdida de Panamá, sin que, tras el traumatismo, se haya intentado corregir el rumbo nacional. Con Eduardo Santos a su vez se echan las bases de la Violencia de los años cincuenta; con su intento de corregir los avances del lopismo, o sea, las bases de la ampliación de la democracia colombiana en el primer gobierno de López Pumarejo, se acerca el liberalismo vacío santista a su enemigo Laureano Gómez. Santos fue, vía Gaitán, según la interpretación histórica de Gutiérrez Girardot, el puente que llevó al abismo del país, que corroboró esas estructuras del atraso, y que sustituyó, sólo en la apariencia, el dogmatismo regeneracionista por un liberalismo tímido y amoldado a los sectores sociales que no estaban dispuestos a ceder un ápice en sus privilegios. En este nudo gordiano que es Colombia, su distintivo parece ser la desusada alternancia de períodos de relativo y corto liberalismo, no solo en sentido de partido o doctrinario, y los largos ciclos de regresión o “retro-progreso”. La Locombia era una forma humorística, irónica y con una carga sarcástica que aludía a la densa atmósfera de un país en situaciones límite.

Este conjunto de elementos esbozados, fundados en última instancia en el catolicismo dogmático-religioso hispánico, ha generado una estructura específica en Colombia: la de un dominio empecinado de castas o élites retrógradas o simplemente incompetentes, con las consecuencias múltiples expresadas en el atraso económico, en la precariedad de las relaciones sociales dinámicas, en la violencia política endémica, en la incapacidad de construir una burocracia estatal racionalizada, en la persistencia de las tensiones sordas centro-periferia, en la pobreza acusada del desarrollo científico y un sistema universitario en franco estancamiento, en la carencia de los medios para expresar estas contradicciones y la permanente estrangulación de la opinión pública no solo para perpetuar el *status quo* sino para pretender volverlo invisible ante sí y para los demás. Estas maromas continuadas no solo generan los conflictos y los ahondan sino que impiden su comprensión y su papel. Esta “aristocracia” que reproduce las “aristocracias” locales o regionales, con las maneras más burdas, es decir, más toscas y rurales, está dispuesta y ha estado dispuesta a correr cualquier riesgo y tomar cualquier camino o atajo de legitimación, de engaño, de oportunismo o desconsideración moral, de promesas incumplidas, para perpetuarse en el poder y garantizar a su descendencia y a sus clientelas perpetuarse en esa dispareja lucha darwiniana por la existencia en el gran mundo de exclusiones y privilegios. El fundamento barroco de esta forma de sobrevivencia es picaresca y es esa picardía destructiva de la moral invertida, de los anti-valores dominantes de una “aristocracia” que desafía el acceso auto-consciente a la modernidad, que confunde el “provecho propio” con el “buen gobierno”. O dicho de otra manera: no son –y no pueden serlo– conscientes de cuán provincianas son.

La discusión sobre esta crítica de la esencia católico-dogmática y su crítica a “la teología de la liberación”, considerada, por Gutiérrez Girardot, como un remordimiento tardío sin eficacia de ciertos representantes de la iglesia en los años sesenta, así como las duras críticas al marxismo-leninismo, que en nuestro país hizo ineficaz la “crítica de las armas” por carecer, muy a diferencia del diestro polemista y gran filósofo Marx, de una genuina y renovadora “armas de la crítica” y por tanto desacreditó a la izquierda, son aspectos centrales de su imagen de

Colombia. No es éste el lugar de hacer un pormenorizado balance de estos elementos complementarios de su obra para identificar qué es “provocación” y qué es “estudio”.

La tarea más creativa de Rafael Gutiérrez Girardot en el estudio y sus reflexiones críticas sobre Colombia están en sus ensayos sobre literatura colombiana. El ensayo mayor, que ha venido a ser reconocido como un ensayo canónico en la renovación del “paradigma” crítico de Colombia, es justamente “La literatura colombiana en el siglo XX”. En este ensayo, aparecido en el Tercer Tomo del *Manual de Historia de Colombia* (1979), dirigido por Jaime Jaramillo Uribe, se ponen de presente, en forma aguda y plástica, irónica y penetrante, los presupuestos universales con que juzga las manifestaciones estéticas, pero sobre todo los fundamentos históricos y socio-culturales en que enmarca el desarrollo de las letras nacionales en el siglo XX. La apertura con la figura de Guillermo Valencia tiene el mérito y la audacia de concentrar, en el *vate payanés*, el núcleo o esencia de la época de Caro y descifrar en su obra los múltiples atrasos en que –empezando por el vacío de su expresión lírica- se asomaba al siglo XX. El siglo XX aparece en su faz más anacrónica, petrificada en valores estéticos y sociales que se juzgan y desean incommovibles. Pero, por el contrario, los autores que arriesgan, en el modelo de una narrativa realista, como Tomás Carrasquilla, José Eustasio Rivera, José A. Osorio Lizarazo o César Uribe Piedrahíta, en quienes las letras nacionales superaran o buscaran superar sus limitaciones, sean las intelectuales (por carencia de una universidad moderna) o sean las sociológicas (por la carencia de un público amplio, una industria editorial y una crítica literaria profesional y competente).

Pero el ensayo de Gutiérrez Girardot tiene tres virtudes a destacar brevemente. La primera, es una radiografía panorámica de la lírica nacional, es decir, en este ensayo se examinan las virtudes, los logros, alcances, y sobre todo las limitaciones y estrecheces de la poesía colombiana. La poesía colombiana, grupos representativos como “los piedracelistas”, es espejo débil de la producción poética española. Esta forma de dependencia de la Madre Patria condiciona y determina su languidez y, en gran medida, su anacronismo y la carencia de vitalidad estética. Los grandes nombres de la lírica nacional, como Eduardo Carranza, son nombres secundarios en el panorama de la poética continental. La segunda, la revitalización del género ensayístico como parte de la vida literaria, y la incorporación de nombres y obras ensayísticas que marcaron un derrotero de nueva comprensión del país, tras la noche carista, como Alejandro López, Luis Eduardo Nieto Arteta, Luis López de Mesa, Antonio García y Fernando González, en materias sociales, y Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez en materias filosóficas. Y la tercera, es la auto-presentación que Gutiérrez Girardot sugiere de su propio horizonte crítico, es decir, de su génesis como ensayista en la revista *Mito*, y la presentación elegante y sintética que hace de sus compañeros de generación que crearon este medio intelectual, altamente exigente, y como parte de su compromiso moral y político con un país desangrado y empecinado a no mirar más allá de sus odios partidistas. Este ejemplo elegante de solidaridad grupal, de personas de gran talento y altas virtudes literarias y científicas, como sus fundadores los poetas Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, y sus estrechos colaboradores como Eduardo Valencia Goelkel, Hernando Téllez, Gabriel García Márquez y Marta Traba.

Falta espacio para reservar reflexiones de Gutiérrez Girardot sobre el legado bolivariano; sobre la importancia de José Asunción Silva para el modernismo, sobre la de Carrasquilla para la narrativa realista continental –al lado de Federico Gamboa, Orrego Luco, Roberto J. Payró- calificada por él como culminación y superación de la tradición costumbrista y de su mismo realismo regionalista. Falta espacio sobre todo para caracterizar a Gutiérrez Girardot al lado del más grande escritor colombiano de su generación, Gabriel García Márquez, sin que no le haya consagrado un ensayo aún desconocido, hasta ahora inédito, y de gran hermosura: “La imagen de Colombia en García Márquez” (escrito originalmente en alemán). Falta espacio para considerar las apreciaciones sobre el mundo de la filosofía y los problemas para la normalización de los estudios filosóficos del país y falta, aunque estas son páginas menores, referirse a sus polémicas con personajes de la vida nacional como Germán Arciniegas, Ricardo Cano Gaviria o Estanislao Zuleta. Con todo, y pese a que se acaban los renglones, queda por insinuar que la obra de Gutiérrez Girardot sobre Colombia –unos 70 títulos de cerca de 700 u 800 páginas- es modesta, desde el punto numérico, pero ella tiene un puesto en la obra de recreación de la imagen de Colombia, al lado de los grandes de la generación que lo precedieron, como López o Arteta, pero sobre todo al lado de los grandes de su generación como fueron Orlando Fals Borda, Jaime Jaramillo Uribe y Virginia Gutiérrez de Pineda. Esta anotación es válida sobre todo para establecer, en un horizonte comparativo, los respectivos aportes a la comprensión de la “personalidad” histórica nacional y su actualidad para los estudiosos jóvenes por sus efectivos aportes y sus valiosas sugerencias desperdigadas entrelíneas.

### III Cronología:

Rafael Gutiérrez Girardot nació en Sogamoso (Boyacá) en el seno de una familia conservadora y en donde se rendía culto al Libertador Simón Bolívar. Muerto el padre violentamente, como congresista, en 1932, el niño huérfano va a ser educado por su abuelo Juan de Dios Girardot. El amor a la poesía y a la lectura se despierta en esos años infantiles. Estudia sus primeras letras en un colegio de monjas de Tunja, y años más tarde se traslada a Bogotá. Ingresa a estudiar derecho al Colegio Nuestra Señora del Rosario, la adusta y prestante institución colonial, que en ese momento era regentada por Carlos Silva, de quien Gutiérrez siempre tendrá un grato recuerdo. Es nombrado secretario de redacción de la revista de esta institución, ya para 1948. Por estas fechas ingresa a estudiar filosofía a la Universidad Nacional, en el Instituto que, solo pocos años antes, habían erigido Cayetano Betancur, Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez. El interés por los estudios filosóficos y sobre todo por la lectura de Husserl y Heidegger se pone de presente. Entretanto, el joven Gutiérrez Girardot hace parte de grupos de ultraderecha, comandados por Gilberto Alzate Avendaño. Decide salir del país hacia España, luego del 9 de abril de 1948, cuando las condiciones de deterioro de la vida nacional se hacen cada vez más visibles. Recibe una beca del Instituto de Cultura Hispánica, y pasa a estudiar filosofía a la Península, primero con Ortega, pero luego con Xavier Zubiri. Reside en el Colegio guadalupano, una institución creada bajo Franco, y allí estableció perdurables relaciones de amistad y colegaje. Colabora activamente en *Cuadernos Hispanoamericanos* o *Revista de Alcalá*.

Viaja en 1953 a Friburgo de Brisgovia, en donde se inscribió en los seminarios de Heidegger. Conoce al gran romanista alemán Hugo Friedrich, con quien se doctora y entabla una profunda amistad. Obtiene una beca en 1955 para estudiar en Gotemburgo. Es nombrado diplomático en la Embajada de Colombia en Colonia, en 1956. Permanece como funcionario de esta Embajada, hasta que es nombrado profesor titular de hispanística en la Universidad de Bonn, en 1970. Entre tanto, había escrito libros sobre Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Nietzsche, Antonio Machado, literatura contemporánea alemana, y un gran número de traducciones y ensayos para revistas alemanas como *Merkur*, españolas como *Correo literario* o *Ínsula*, colombianas como *Mito*, *Eco* o *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*. También se convierte en asiduo colaborador de *Quimera* de Barcelona. Como profesor en Bonn, organiza encuentros de escritores e intelectuales españoles y latinoamericanos como Francisco

Ayala, Juan Goytisolo, José Luis Romero, Eduardo Mallea, Roa Bastos, Mario Góngora, Gonzalo Rojas. Se jubila en el año de 1992. Obtiene el premio Alfonso Reyes de ensayo, en el año 2000. Luego de largos padecimientos, a consecuencia de un accidente automovilístico sufrido hacia 1999, muere en la ciudad de Bonn en mayo de 2005. La sección de lengua española de su biblioteca privada fue comprada por el editor Francisco Pérez González; la sección alemana y su archivo personal fueron adquiridos por la Universidad Nacional de Colombia, en 2008. Se hizo un homenaje póstumo en la revista *Aquelarre* N° 9 de la Universidad del Tolima en agosto 2005 y se resaltó su labor como hispanista en la revista *Anthropos* N° 226 de Enero-Marzo de 2010. Actualmente, el grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana de la Universidad de Antioquia adelanta la publicación de sus Obras (cerca 20 volúmenes)<sup>7</sup>.

## Notas

<sup>1</sup> El Archivo de Rafael Gutiérrez Girardot se encuentra en la Hemeroteca de la Universidad Nacional de Colombia. Está catalogado, parcialmente. El autor de este artículo lo ha revisado, en vista de sus investigaciones sobre el crítico colombiano.

<sup>2</sup> En este momento se encuentra en prensa, en Siglo del Hombre (Bogotá) este material que fue recogido por el autor de este ensayo y ordenado para su edición, bajo el título *Hacia la construcción de la imagen de Hispanoamérica*. Incluye los “informes Diplomáticos (1957-1964).

<sup>3</sup> *Mi Tierra. El Diccionario de Colombia*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 2005-2006. Pág. 473.

<sup>4</sup> *Castilla – La Mancha*. Revista de Información de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2005.

<sup>5</sup> Gutiérrez Girardot escribió, entre otros textos, sobre estética y filosofía alemana: “Heidegger”. Madrid: *Correo literario* 86, diciembre 1953. “Friedrich Schlegel y la fundamentación de la hermenéutica”. Bogotá: *Tierra Firme* 1, 1957. “En torno a F. Schlegel y la hermenéutica literaria”. Madrid: *Índice* 110, febrero 1958. “Friedrich Schiller. Entre la Ilustración y el Barroco” (1959). Bogotá: *Lecturas dominicales*, *El Tiempo*, 29 noviembre 1959. “Hegel. Notas heterodoxas para su lectura”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 171, marzo 1964. *Nietzsche y la filología clásica*. Buenos Aires: Eudeba, 1966.

<sup>6</sup> Sobre temas de literatura hispanoamericana, basta mencionar: “*La utopía americana de Alfonso Reyes*”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, enero 1952. “La obra de Andrés Bello”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953. “Jorge Luis Borges”. Bogotá: *Mito* 39-40, diciembre 1961 / febrero 1962. *Jorge Luis Borges: Un Ensayo de interpretación*. Madrid: *Ínsula*, 1959. *Modernismo*, Montesinos, Barcelona, 1983. *Temas y problemas para una historia social de la literatura hispanoamericana*, Cave Canem. Bogotá, 1989.

<sup>7</sup> Estos párrafos se respaldan en la obra ensayística de Gutiérrez Girardot sobre Colombia. Esta comprende unos setenta ensayos. Al menos, unos veinticinco están inéditos. Todos han sido revisados por el autor. En la revista *Aquelarre* núm. 9 de la Universidad del Tolima (2005), José Hernán Castilla dio una muy representativa muestra de estos ensayos.